ABC 31 marzo 1950

114

51

EL EMBAJADOR DON MANUEL CISNEROS

De este hombre, al que la cordialidad y la efusión rebosan por los cuatro costados, que parece estar en acción aunque se mantenga inmóvil, fácil al tuteo, a la confianza, a prenderse del brazo de su interlocutor para el comentario, la burla o el donaire, hubiérase dicho que era mandado por su país—de don Manuel Cisneros hablo, embajador del Perú—con el propósito de mantenerlo tiempo más largo que los dieciocho meses mal contados que ha vivido entre nosotros.

Bien valía la pena de prolongar su mandato, porque al embajador Cisneros le adornaban dos de las dotes que más fecunda pueden hacer una misión, a saber: de una parte, la curiosidad, y de la otra, el amor. Sí, era un gran curioso y un gran enamorado de España, su sede, y como ambas cosas trascendían a la vista del más superficial de los observadores, de ahí que no hubiese puerta que no se le abriese, información que se le negase, reunión en la que no se le recibiera como a un leal amigo.

Traía Cisneros empuje como para durar mucho, y había recorrido, con rapidez no muy frecuente, ancho camino y penetrado en muy distintos ambientes y proyectado hacia todos ellos su bondad y su alegría vital.

Deseoso desde el primer instante de ponerse en contacto con los escritores, cultivó con especial afán ese difícil y hosco estamento. Quería saber por sí mismo qué cosa es esa de la república de las letras. Tanto con sus altos magistrados como con sus satélites menores, gustó de departir largamente. Así, por cada metro cuadrado, en las tardes de sus recepciones, había más estilográficas en la Embajada del Perú que en ningún otro recinto. Aquel ramillete de conferencias a modo de homenaje al Inca Garcilaso de la Vega llevó al paseo de la Castellana lo más granado de la intelectualidad madrileña; sólo su sensibilidad y su pericia pudo formarlo.

De cierto político de nefasta memoria, don Pedro Mourlane decía que llegaba el apóstrofe—tal era su violencia—en seis palabras. El embajador Cisneros tiene la virtud de ganar la intimidad—tal es su irradiación afectiva—con análoga presteza. Ese ha sido uno de sus dones más señalados y a su ejercicio debe sus éxitos. Lo que pasa es que la amistad de los diplomáticos, si bien puede ser tan intensa como cualquiera otra, es por sí misma eventual y traslaticia y uno ha de estar prevenido siempre a verla desanudarse, apenas nacida.

Las Cancillerías siguen, en esto de las remociones, normas muy dispares. Acaso es la suiza la más sedentaria de todas, acaso la italiana una de las más nerviosas. Para "inter nos", pensamos que en este país nuestro en el que, por razones de simple relación humana se hacen y obtienen más servicios que en ningún otro, nunca el titular de un puesto es más eficiente que cuando ha logrado, aparte de las indispensables cartas credenciales, las de naturaleza, que sólo por gracia se otorgan al que las sabe ganar con gracia. Ya le habían sido concedidas—y de qué manera—a don Manuel Cisneros, cuando nos llega la noticia de su marcha. Vuelve a Lima, reclamado por urgencias de la política, abocado, tal vez, un día u otro, más o menos remotamente, a graves y elevados ministerios. Yo agito en su honor mi pañuelo de despedida.

Que la suerte le sea propicia en sus nuevas tareas. La que entre nosotros cumplió fué desempeñada con delicadeza, con efusión y con justo celo. El excesivo, lo reprochaba Talleyrand como falta imperdonable a sus subordinados, pero la somnolencia, el abandono y el "quessemedami" de algunos de sus congéneres, no moviliza a su favor simpatía alguna.

Si al embajador Cisneros le rodeó la de todos, fué, justamente, porque se le transparentaba la ilusión profesional de ser eficaz, y porque el ritualismo burocrático, anejo a muchas de sus funciones, lo superaba en él un impulso superior y trascendente: ligar su país y el nuestro. La firma del Convenio sobre la doble nacionalidad es un hito de enorme importancia en ese objetivo, que marca su paso por España con piedra jubilar.

Confiemos en que el futuro le ofrezca la posibilidad de seguir trabajando, aun a distancia, por tan bella causa.—Joaquín CALVO-SOTELO. De la Real Academia Española.